

La vida comienza a las 6 p. m.

Escribe: CLEMENTE AIRO

Como ya terminaron las cotidianas tareas del día, se echaron a la calle aburridos a ver qué pescaban. Y se encontraron. Ahora hablaban ambos casi al tiempo. El encuentro había sido totalmente sorpresivo y las frases fueron triviales, cotidianas, mansas: ¡Tiempo sin verte! ... ¡Años!... Es que los años pasan y pasan... ¡Y pesan!... ¿Bien, no? —Las seis ya hacía rato que sonaron en el reloj de cualquier torre—. Y las frases tomaron rumbos más prometedores hasta que dijeron ambos: Esto tenemos que celebrarlo. La noche llegaba, la avenida estaba colmada por el gentío que había cumplido ya su trabajo diario.

Servio era bajo, enjuto de ojos apagados, huidizos. Juan, no mucho más alto, regordete, de mirada juguetona, inquieta. Las voces de los vendedores de lotería les rodeaban. Estaban ya encendiéndose los grandes reclamos publicitarios. ¿Entramos a cualquier parte y nos echamos una copa? —La pregunta cayó como una promesa y un alivio. Juan era abogado, no tenía muchos clientes pero se ocupaba en mil cosas. Servio era gerente de un laboratorio farmacéutico. Escogieron el sitio y una vez sentados pidieron la primera tanda—. ¿Y de proyectos, qué? Los proyectos danzaban y comentaron estoicos que la juventud pasa pero llega el dominio, la seguridad. Recordaron los sueños de cuando eran condiscípulos en el colegio de segunda enseñanza. Después —confirmaron— se habían visto por ahí, de tarde en tarde pero siempre con afecto, con alegría. ¿Creo que te casaste, no? por ahí oí algo. —Servio cubrió su cara de disimulo. Adela hace ocho días que me dejó —comentó muy para sí. Bebió— ¿Y tú, en tu carrera?, avasallador, ya sé, es natural, estarás haciendo plata, ¿sí? —y Juan respondió con proyectos que tenía entre manos. Sobre todo uno, uno importante: La cosa tiene que marchar —y palmoteó contento la espalda de Servio. Estaban ya a gusto, distraídos, buscando la ilusión nocturna. Servio daba gracias por el encuentro, no estaría solo esa noche.

¿Te acuerdas de Alfonsito? —dijo y Alfonsito estaba allí, acababa de entrar al bar. Alfonsito estaba mirando desde la puerta y con aire tímido, como buscando compañía—. Sí, de Alfonso Castilla, ¿te acuerdas?, aquel que siempre era primero en todo... —Juan recordó: Cómo no, sí, lo veo de

vez en cuando... ¡Pues mírale!... —Servio se animó— la noche prometía presentarse buena, se presentaba una ocasión. Le hicieron señas. Alfonso usaba gafas de gruesos cristales. El asunto estriba en si seré capaz —se decía—. El, deseaba compañía, tenía deseos de hablar, estaba lleno de deseos. Era más bien alto y vestía con elegancia disimulada. Gustaba de portar en público un aire distinguido. Se había graduado de ingeniero industrial y después consiguió, en los EE. UU., una especialización de organizador de empresas siderúrgicas. En la actualidad ocupaba una subjefatura en el Ministerio de Obras Públicas. La palabra capaz era para él, grande y redonda. Necesitaba hacerla propia, realizarla. Desde que salió de la oficina andaba con ella entre los labios.

Sí, Alfonsito —dijo Juan—, me acuerdo, ¡llamémosle!... —Le llamaron, pero Alfonsito no les veía. Capaces fueron Bolívar, San Martín, Lincoln, Gagarín y el atleta Mejía ganador de la maratón de San Silvestre. Juan decidió ir a su encuentro, le sacudió por un brazo... ¡Ah, qué alegría, precisamente! —dijo Alfonso— y le brillaron los cristales de las gafas. Ya sentado registró que el sabor del alcohol prendía caliente en su garganta. Se llenó de gozo: ¡Sí, seré capaz!... —Aquí estaban sus ex-compañeros con quienes podría exteriorizar ansias. Capaz era el torrente para convertirse en río, la nube para tapar el sol, la simiente para dar el fruto. Se contaron de inmediato varios chistes viejos. Pero ellos no eran viejos, aún gozaban de plena pujanza. Juan tenía un proyecto principal y Alfonso quedó intrigado. Encendieron cigarrillos.

Juan se ganaba la vida y contó de gestiones de patentes, de letras incobrables, de asesorías a herederos. Su escritorio se llenaba de polvo, mientras el andaba por los pasillos ministeriales o en los cafés dando cuerda a los políticos... El trabajo diario agobia, recorta, nos enrutina y por su culpa no vemos las grandes ocasiones que nos rodean —recalcó Juan—.

Servio recordó el episodio, no lo pudo evitar por más que quiso atender lo que contaba Juan: “Tu eres un cretino que te crees mucho. Me engañaste al casarte conmigo. Un asqueroso perezoso es que eres”. Adela se había ido a la casa de su padre. Miró a sus amigos como pidiendo que le borrarán los recuerdos, pero no le comprendieron. Llegaron otras tres copas. En el bar entraban y salían, hablaban fuerte. Alfonso no quiso recordar que cuando tomaba sus tragos amanecía con la garganta reseca, la cabeza abombada, de mal genio. Entraba al baño y pedía a grandes gritos café negro caliente. Pero las horas de oficina eran pesadas, monótonas, asexuadas. ¡Qué placer encontrarse con los fieles ex-compañeros! Los diablillos del alcohol emprendieron la tarea de levantar ilusiones. ¡Sí —dijo de repente—, Sí!... Juan levantó la copa y opinó: Hay quien dice que esto es malo, pero esto aclara las ideas.

No pensemos —dijo Servio, pero solo para él completó la frase— ¿Volver yo a la casa vacía, ya? ¡No! Y propuso que Juan contara de qué trataba el importante proyecto que traía entre manos. Juan, por el momento, no le hizo caso. El, diariamente estaba atareado en mil asuntos. Era necesario jugar a todo. De todo estaba desencantado pero ponía semblante alegre. Los días son mansos, pero si les sabemos sacar provecho, tener relaciones en las altas esferas y, sobre todo, disponer de amigos —y los señaló—

para disipar el instante... —Además opinaba que el país estaba en revolución—: Sí, las revoluciones verdaderas son las que crecen lentamente. ¡Por eso mi proyecto! —Alfonso se inquietaba cada vez que nombraba el proyecto. El, tenía que ser capaz. Desde la época del colegio había respetado la inteligencia de Juan... Los mediocres creen que son poderosos porque son los más numerosos, pero ¡no! La inteligencia es una fuerza internacional.

Volvieron al proyecto: Al país le hace falta una publicación que marque el clima exacto de su termómetro económico. Juan tenía una modesta oficina con teléfono y vitrina para los códigos y algunos libros de derecho. Hay que dar orientaciones —remarcó—, hay que ser capaces... ¡Eso es —exclamó Alfonso—, bien dicho Juancho! Nosotros seremos capaces... —Y entonces Servio intervino con dos palabras—: ¡No exageremos!... —Le miraron—: Hay algo inflexible en Servio que me inquieta —dijo despacio Juan—. No, mi querido Servio, hay momentos que por lejos que uno vaya no exagera... —Servio miró hacia abajo, a la derecha e izquierda, muy rara vez miraba de frente—: ¡Bien! —dijo— ¡Por los capaces! —y levantó la copa—.

Quedaron callados. Después Juan soltó: Mi proyecto necesita financiación —recordaba que Alfonso Castilla pertenecía a familia de campanillas, pudiente. Pero fue Servio quien respondió—: Mi suegro es hombre rico... —Juan abrió los ojos con sorpresa e intensidad—: ¿Tú crees que le interesará mi proyecto?

Los tres quedaron absortos, como si hubieran abierto un libro lujoso y se encontraran con una estampa bella a todo color. Volvieron a beber y la estampa se hizo más brillante. Estaban entrando en una atmósfera de amistad fraternal. Sintieron el hormigueo por sus cuerpos. Esto nos sucede —dijo Juan—, nos enredamos en rutinas y cuando vemos claro, cuando analizamos las cosas comprendemos que el tedio y los problemas quedan atrás... Pertenecemos a una raza de grandes ilusiones —replicó Servio—, de aparentar mucho... Quizá —opinó Juan—, pero nunca encaramos con coraje nuestros propios proyectos. ¡Esto tenemos que hacer! —y lo afirmó golpeando la mesa—... ¡Perdón, Juan, perdón pero algunos sí nos hemos propuesto ser capaces! —y Alfonso reconocía para sí que desde sus abuelos ilustres, padres, parientes, amigos todos esperaban mucho de él—... En este país está todo o casi todo por hacer. Un montón de cretinos dirigen nuestros asuntos públicos —Juan se escuchaba a sí mismo—... ¡Eso es!... ¿Qué más? —Servio reconoció que estaba agradado: Un cretino era su suegro al recibir a la hija, quizá la había sonsacado para que le abandonara.

Será una revista de asuntos económicos, al país le hace falta una publicación así —recalcó Juan otra vez—... Hay que dar orientaciones —añadió Alfonso sin atreverse a quitar la iniciativa a Juan—... Los que tienen dinero fastidian con su dinero —remarcó Servio recordando al suegro—. Alfonso tenía una frente despejada, pero cuando entraba por las mañanas al baño y el espejo se veía demacrado, se irritaba. Después, en la oficina o por las calles, cuidaba de su figura. Gustaba de usar perfumes suaves y varoniles. Tenía, asimismo, espesas cejas, nariz más bien recta y un mentón un tanto levantado. Juan le contempló y le halagó: ¡Ah, Alfonsito, eres todo un gentleman! —y le dio palmaditas en la espalda—.

Propongo —ofreció Alfonso— una retirada de este ruidoso y populoso lugar... ¿Por qué? —replicó Servio—. Aquí está el pueblo y el pueblo nos espera. ¿Es que no vamos a ayudar a nuestro pueblo?... —Alfonso respondió sereno—: El pueblo es hermoso, paciente y dormido. Sabe guardar las distancias... —Juan cortó—: Sí, hagamos un ambiente —sintieron que la euforia les poseía—: La vida es para la ocasión, sí... —Servio le preguntó a Alfonso—: ¿Qué propones?

Salieron. Los padres de Alfonso andaban por la hacienda, la casa disponible y sola para recibirlos. El frío de la noche les dio en el rostro. Encontraron la avenida más calmada de tránsito y gentes. Dieron las ocho y comentaron cómo pasa el tiempo. El tiempo era el tiempo y era necesario aprovecharlo. Ellos estaban, precisamente en el justo tiempo. Alfonso pensó en sus treinta y cinco años: La justa edad, se decía, tengo que ser capaz. Lo de la revista económica le había llamado poderosamente la atención: Tenemos que aprovecharnos de nuestra preparación, nosotros sabemos echar a andar la maquinaria... —Servio corroboró con un gesto pero Juan no les hizo caso y comenzó a contar un chisme político—: Es que son unas bestias —se refería a los personajes del chisme—. ¡Si lo sabré yo!... Tu estás espléndidamente relacionado le dijo Alfonso— y el otro exhibió complacencia. Pasaban frente a un cafetín y en la radiola tocaban una canción de moda que Juan, displicente, ensayó a tatarear silbando. Apresuraron el paso. El encuentro había sido un placer. Eran tres amigos identificados y coincidieron. Sí, era un verdadero placer del cual andaban necesitados y por eso después se mofaron entre sí motejándose mutuamente que estaban calvos, miopes, gordos o delgados como fideos; torpes... ¡Claro, como estos! —recalcó Juan y señaló a las gentes que pasaban cansadas, como arrastrando los pies, como aburridas pero anhelando algo—. ¡Esperan el billete de lotería ya premiado que les caiga en las manos! ¿Cómo quieren triunfar? ¡Hay que esforzarse!... Sí, hay que esforzarse —dijo Alfonso sincero—.

Habían llegado. Subieron en el ascensor, era en el octavo piso. En la biblioteca se instalaron. Había un ventanal que daba a unos tejados... ¡Que bello panorama!... ¡La ciudad a nuestros pies!... Alfonso dispuso copas, cigarrillos, ceniceros y una botella de whisky. Encendió una pantalla verde puesta sobre el escritorio, la habitación tenía dos butacas, un sofá y una mesita central. Servio opinó: A esa revista si le damos un tono de revisión de los procesos productivos... —pero no le pusieron mucha atención—. Juan hurgaba en la biblioteca. Alfonso contempló, fumando y nostálgico, las luces de la ciudad: El, tendría que demostrar quien era, actuar y triunfar. Entonces el mundo urbano saludaría su triunfo. Y en ese momento Juan exclamó:

¡Con que Pablito lanzó su genialidad! Pablo Roberto Acosta. El título del libro que tenía entre las manos rezaba: *Apuntaciones para la solución de la crisis cafetera*. Este Pablito me resulta un atrevido y un oportunista —dijo Servio. ¿Os acordais en el colegio?, siempre andaba tras los frailes —chasqueó la lengua y tomó asiento al tiempo que terminaba de opinar—: Pero la vida es de los oportunistas.

¡A beber! —exclamó Juan y agarró la botella para servir—. Brindemos por semejante honor de hospitalidad en la casa de un gran señor...

Los brindis son para las bodas, para los actos de grado, para la imposición de medallas —le atajó modesto Alfonso. Servio tenía el brazo en alto con la copa en la mano, sentado cerca a la mesita central donde Alfonso puso la botella—: No importa —dijo—, Alfonso Castilla da brillo a nuestra generación... ¡Bien dicho! —Bebieron—. Estaban puntillosos y observaban las reglas de la cortesía. Atentos encendieron mutuamente los cigarrillos con los encendedores. Era necesario entrar en calor. Recogieron una imperiosa necesidad de beber. Habían despertado al entusiasmo. ¿Para qué el tedio? Hablar y beber entre amigos. Pero Alfonso registró ya grabada la idea de la revista. En las paredes colgaban retratos y diplomas académicos. En un ángulo lucía una reproducción de *La primavera* y Juan clavaba la mirada en la figura femenina central... ¿Y de mujeres qué? ¿Cómo andamos de mujeres? —preguntó picaresco—. Yo no tengo por qué negar que soy un solterón... ¿Tu mujer? —preguntó Alfonso a Servio y como este quedó callado, agregó—: Yo por mi parte no soy como Juan, tengo novia oficial y ando un tanto atrasado en casar —luego habló también de Inés, de Concha, de Fany—. Describió algunos de los adornos propios de las tres. Servio chocaba la punta de sus zapatos. Este Alfonsito tiene unos apuntes geniales —opinó Juan—. Fany era suave, complaciente, tenía un apartamento muy bien puesto para recibir a los amigos. Pero Alfonso no contó como hacía dos noches, cuando por fin logró ser recibido por Fany, quedó dormido en el momento culminante. La culpa la tiene esto —pensó y apartó la copa que tenía en la mano—. Me pasan unas cosas, constante me falla algo a mí —y por la rabia del recuerdo comentó en voz alta—: Pablo estudió filosofía y letras porque en aquella facultad nunca cubrían los puestos disponibles. ¡Si lo sabré yo!

El, tenía que derrotar la maldita fatalidad suya de fallar en último instante, tendría que desterrarla. No le costaría trabajo, sería cosa de cuidarse un tanto, de permanecer alerta hasta lograr el triunfo. Aceptó la idea del triunfo. Su vida personal dignificada por el triunfo. El licor imponía calor de entusiasmo. Preguntó por más detalles de la revista económica. ¿No será esta mi oportunidad? —se dijo y Juan le leyó el pensamiento, aguardó un momento y le respondió—: Tu preparación es un tesoro que necesitamos mucho todos nosotros.

A Servio se le llenó de repente la sangre de envidia. ¡Preguntar por mi mujer en estos momentos! Apuró media copa. El, no había cursado carrera universitaria, le tocó ascender despacio, desde muy abajo y casar con muchacha acomodada y caprichosa. ¿Consiguió subir? No quiso encontrar la respuesta y empezó a consolarse: Alfonso está borracho de orgullo de familia, el otro un abogado sin pleitos ¿Sabrán ellos lo que significa dirigir un establecimiento fabril? Volvió a chocar la punta de sus zapatos.

Es que nosotros somos así, nos enfocamos las ideas de frente —decía Alfonso con grandes deseos de lucirse y para que notaran que andaba interesado en el proyecto de la revista. Juan no le dejó terminar—: Mira, aquí está Servio y aunque no lo parezca es un gran dirigente de industria... Tus relaciones, Juan —le atajó Alfonso—, tus relaciones valen mucho, valen un mundo, ¡una fortuna!

Las luces de la ciudad parecían querer intervenir en la reunión. De vez en cuando quedaban mirándolas, les atraían los ojos. Alfonso entonces fue y corrió las cortinas... ¡por nuestro plan! —y levantó la copa— ¡Que nos explique Juan!

Se pusieron cariñosos y afables, compañeros. Al tedio lo echaron muy al olvido. Levantaron los dedos, chasqueaban las lenguas. Todo tenemos que hacerlo por nuestro pueblo —lanzó Servio— que bien lo merece pues es uno de los más abnegados y sufridos de todos los pueblos... —Juan le escuchó y meneó la cabeza. Sirvió el final de la botella y dijo: Aquí en este país necesitamos que la inteligencia nos organice —y señalando en redondo, cerró la frase—: ¡La inteligencia está presente, qué esperamos!

Alfonso fue por otra botella. Desde pequeño estaba familiarizado con las palabras grandes: héroe, padre de la patria, conductor, servidor ejemplar, etc. Alfonso quiso siempre perfeccionar su prosa para lanzar grandes manifiestos.

¡Pero inteligencia constructiva! No debemos pasar la vida estafando a nuestro pueblo con palabrerías. ¡La palabrería nos ahoga! —dijo Servio—. Juan, parsimonioso, llenó las copas y respondió: Este Servio es un pensador... pero Servio ahora estaba pensando en Adela y en la faena del suegro recibéndola después que le había abandonado. Anhelaba las caricias de Adela. Se encontró melancólico y no encontraba palabras optimistas. Tiene que haber remedio, sí —se le escapó en alta voz—. Le miraron: ¿Cuál remedio? La luz verde de la pantalla demacraba los rostros. Servio escondió los ojos, bajó la cabeza. Los tres quedaron unos segundos mohinos. Juan tamborileaba con sus dedos sobre la mesita central. Alfonso llevaba cuatro años en el ministerio y todas las semanas pensaba renunciar... Allá nadie hace nada —comenzó a explicarles—, nuestra administración pública es un desastre —los otros dos lo confirmaron, quedaron de acuerdo. Hablaron simultáneamente Juan y Alfonso—: La inteligencia es un don que se posee y aunque no debe malgastarse tampoco debe permanecer ociosa. ¡Tenemos que triunfar! —opinó Alfonso—.

¡Tú serás el director! —exclamó Juan sorpresivo y poniéndose en pies. Señalaba a Alfonsito y a este le dio un vuelco el corazón—. Sí, nadie mejor que tú, aquí en las paredes están tus títulos —y giró con los brazos en aspa señalándolos—. ¡Tus méritos te respaldan! ¿Aceptas?

Alfonso sentía que la emoción le retiraba las palabras. ¿Acaso no hubo presentido ya antes que él debía ser el director? Esta era su oportunidad, su oportunidad para demostrar que él era capaz. Pero solo dijo: ¿Ustedes creen que debo? —puso ansiedad en la mirada...—. Propongo un brindis por nuestro director —dijo Servio sin levantarse. Bebieron... Será una responsabilidad que te colmará todo tu tiempo ...Sí, renunciaré al ministerio —respondió serio Alfonso a Juan—. La semana entrante crecerían los lirios, reventarían todos los capullos de los claveles, los trenes del mundo llegarían a sus destinos. ¡Por fin tenía ante sí la oportunidad para demostrar quién era él: ¡Por tan ejemplares amigos de siempre y para siempre! —propuso levantando la copa y les fue dando un abrazo a cada uno—.

El, tenía materia de dirigente, estuvo preparándose para ello, y lo ambicionaba, ahora le llegaba la ocasión de demostrarlo. ¡Qué bella reunión! Desde niño estaba listo: colegios, universidades, relaciones sociales, las fiestas, los clubes y las fichas sobre el tapete verde. La ruleta giraba. El efecto del whisky le electrificó la idea del triunfo. Hablaron los tres. Sus voces fueron densas y sus lenguas se volvieron más pastosas. Servio exigió que planearan de una vez el asunto y Alfonso le agradeció: Sí, esto no puede ser un sueño, un amable sueño. En las paredes los retratos le exigían seriedad ... Sí, planeemos esto —y Servio recalcó que no quería perder el tiempo. Juan molesto, replicó—: La vida es soñar con la realización de grandes empresas, soñar, sí, soñar y beber el sueño, Servio es un rígido... —Servio no respondió, él también quería soñar. Bajó la cabeza y se entretuvo chocando la punta de sus zapatos. Alfonso llenó las copas. Bebieron sin palabras. Juan silbó la cancioncilla de moda que había escuchado en la calle.

Alfonso trató de analizar sus pensamientos interiores pues sentía un moscardón allá dentro zumbando. Hizo un esfuerzo y soltó: ¿Acaso bebemos para quedarnos satisfechos espiritualmente, para escucharnos, para estararnos así mismos ilusionándonos? —ahora zumbó el moscardón más fuerte pues comprendió que lo que acaba de decir era inconveniente. Deseó deshacer el interrogante—: Pero esta reunión promete —continuó torpe—, eso de la revista, eso de la revista ¡claro! ¡Claro!

Halláronse entonces reales, equitativos, coherentes. Y los tres lo aseguraron: Ellos eran pundonorosos y cumplidores del deber. Servio declaró que tenía que viajar a Houston donde quedaba la central de su laboratorio y que antes deseaba convencer a su suegro para que apoyara económicamente el plan de la revista. Le vivaron. Bebieron por la decisión... Estamos planeando nuestro triunfo de mañana... Terminaremos la jornada satisfechos... No hay nada mejor que una reunión de camaradas.

¡Ah, la vida comienza a las 6 p. m.! —dijo Juan—. El esplendor es nocturno, el reino de la fantasía, el vuelo audaz, de noche se construyen los imperios. El día resulta vulgar, soez, aburrido. El día debió ser hecho para dormir —sentenció alzando el brazo y con un dedo apuntando al techo. Alfonso le escuchaba en silencio y severo— ¡Mi Alfonsito —le abrazó—, tú serás nuestro director!

Alfonso trajo papel y bolígrafo... Sí, —dijo Servio— tracemos nuestro plan... Los tres entraron a ello: Nuestra misión... La pauta económica... La exploración de posibilidades... Contaremos con grandes servicios internacionales... Una completa información para ejecutivos... Necesitaremos miles de ejemplares, buen papel y formato grande —cada uno fue dando ideas—, Juan, mientras, dibujó un muñeco de cabeza apelonada. Alfonso cerró los ojos, resultaba perfecto conversar entre camaradas bebiendo y fumando. Los tres estaban muy contentos. Renunciaría la semana entrante, no más demoras... Actuaremos ya, nuestra generación debe actuar ya, es el momento. Soportaremos y venceremos los inconvenientes que se nos presenten... ¡Bah!, los inconvenientes —le replicó Juan— y se puso de nuevo a silbar la cancioncilla. Servio estaba otra vez taciturno. Pero quizá el rompecabezas empezaba a ajustarse... Las cosas las haremos con calma, pero las haremos y bien hechas —dijo Alfonso—.

¿Y el título de la revista? —Irrumpió chirriante Servio—. Discutieron, dieron nombres, asunto tan importante no podía ser resuelto a la ligera. Dejarían semejante detalle para la próxima reunión... Tendremos que reunirnos mucho —dijo Juan—. Mi casa está a vuestra disposición —ofreció Alfonso—. ¡Estamos en la casa de un gran hombre! —sentenció Juan— y comenzó a llenar las copas. El líquido se derramó sobre la mesita. Para Alfonso, la ilusión tomaba cuerpo. Llegaba por fin la aurora. La bandera tremolante al viento. ¡Seré capaz! Y en voz alta añadió: Lo que más me revienta a mí es la estupidez de nuestros jefes —tuvieron la misma opinión y bebieron por la abolición de la estupidez—.

Somos grandes rebeldes —dijo Juan—, nunca estaremos conformes —y Alfonso lo confirmó—. ¡Ah, cuando compruebo esa mansedumbre de los burócratas! —y los tres recordaron la rutina, los nubarrones diarios, el polvo en los rincones... ¿Y qué con eso de la envidia? —dijo Alfonso—. La envidia es el resultado de nuestra inseguridad íntima... ¡Es el opio de nuestra sociedad! —sentenció Juan— y se entusiasmaron. En la revista harían una campaña contra la envidia, contra las roscas de influencias, contra el sentimiento de inseguridad. Bebieron por erradicar la envidia. La luz de la pantalla hacía danzar las sombras sobre las paredes... Nuestra generación va hacia los timones del mando —Alfonso pensó— en sus treinta y cinco años... Una edad precisa. Miró en torno y con intensidad. Juan vino en su ayuda: nuestro director —le dijo con voz pastosa dando un traspié, pero recobró el equilibrio y arrancó a declamar—: Veremos los campos a pleno sol, el trigo amarillo cuajado de espigas, sobre el campanario el pararrayos para encauzar la descarga eléctrica. ¡Encauzaremos nuestros ímpetus!

Alfonso sintió que el estómago se le contraía, soltó un eructo, después otro, le palpitaban las sienes de tanta emoción. Sintió deseos de llorar: ¡Mis amigos, yo sé apreciar a mis amigos, quiero a mis amigos, ellos me comprenden, yo comprendo a mis amigos! —fue y abrazó a Juan—, después a Servio que seguía sentado. Servio no le contestó ni se enteró. Había renunciado a hablar. Volverá Adela, nada ha pasado, diré que la envíe a vacaciones, a la playa, a tomar el sol en la arena de la playa. Y no seré más un pusilánime... Con los ojos cerrados veía mejor el curso de sus esperanzas, paladeó el whisky despacio y profundo.

La revista nos destacará a los tres. ¿Ustedes saben cuánto representa un órgano de publicidad circulando de mano en mano? ¡Es el cuarto poder! Seremos fuertes. Siempre he sido un vanidoso y quiero demostrar mi vanidad —dijo Juan— afirmativo pero enigmático, sonriente pero socarrón. Dio una vuelta en torno a sus amigos, hizo ademán de que bebieran y tomó asiento en la butaca libre.

Alfonso se sintió impulsado y comenzó a decir: Por la mañana, mañana —pero entrevió el café negro y la rutina. Sacudió la cabeza y pasó su mano por el cabello ¡Qué cosas!, se dijo, y añadió en voz alta—: ¡No! mañana... Juan intervino raudamente... Nada de mañana... Mañana —insistió Alfonso— decidiremos otros detalles de la revista —hablaron con dificultad, tropezaron con las sílabas queriendo cada uno imponerse—. Nada de ma-

ñana —aplastó Juan con voz tronante, se puso en pies—. ¡No hay mañana que valga!... Mañana —insistía Alfonso ya humilde—, los detalles, la revista... ¿Mañana? ¡Hoy! —clamó Juan—. Es este momento grande que estamos viviendo... ¡Eso mismo, eso! —afirmó Servio abriendo los ojos para volverlos a cerrar—... Este momento, este, este es el momento real, después todo irreal, falso, ingrato —insistió Juan. Pero Alfonso también hablaba con voz fuerte aunque solo fuera para él—: Mañana con mi revista adelante, es la oportunidad para, para ¡Yo seré capaz!... Y Juan, poseído de emoción —recalcó—: La vida es esto, este momento grande, lúcido, emocionante, que estamos viviendo. Estamos en una realidad perfecta. La vida es esto, el instante lúcido, claro. ¡Si lo sabré yo con mi profesión de pleitos y enredos! ...Mañana, mañana —seguía Alfonso—, sí, Juan, sí, Servio... Propongo que bebamos por el instante —resolvió Juan—. Servio derramó el líquido por la barbilla y la corbata, no cayó en cuenta. El instante perpetuo llevado a la eternidad. ¡Eso era! Comprendieron que tenían que añadir muchas cosas. Juan dijo que estaba cansado de negocios oscuros, de abogacía inútil, el peor de los oficios ...Capaces tenemos que ser y lo estamos siendo... tenemos ámbito para nuestros proyectos... somos compresivos... aptos y proporcionados... tenemos talento y somos instruídos, se hablaron palabras cruzadas, rieron de los tontos. Aquello daba vueltas. El firmamento entró a la habitación y en las frases de cada uno rutilaban las estrellas. Servio abrazaba a Adela... Señor ministro, he aquí mi renuncia irrevocable... Ni se lo piense, mi señora, ni se lo piense —decía enigmático Juan—. Habían fumado mucho, la atmósfera estaba densa, caliente acogedora. Divagaron otros minutos, que para eso estaban reunidos. También hubo un momento de silencio que aprovechó Juan para silbar su cancioncilla. Después exclamó con los brazos abiertos: ¡Capaces seremos y bien capaces! —y palmoteó su pecho. Le dio un beso en la frente a Alfonso. Este volvió a insistir—: Mañana, Juan, nos, seremos, eso hemos dicho —dio un traspié— ¡Juan, Juan!

Juan, serio, extendió un brazo y en la mano un cigarrillo humeante: Pero tengamos o no tengamos, ¡la vida, la verdadera vida, jamás coincide con los ideales! —y quiso agarrar la botella—. Pero no te preocupes, todo se arreglará... —al tratar de coger la botella por el cuello se le escurrió y rodó sobre la mesita derramando el poco licor que restaba. Juan la persiguió, tropezó con una pierna de Servio y fue a dar de bruces sobre el sofá—: ¡Todo se arreglará, todo, no te preocupes! —resoplando hondo, fuerte. Alfonso quedó ensimismado—: Mañana, mañana... —buscó a sus amigos y no los encontró. Alcanzó a descorrer las cortinas para ver las luces de la ciudad—: ¡Qué bella noche, qué bella velada, mis luces! —y cerró placentero los ojos sentándose al pie del ventanal.

La botella rodó de la mesita a la alfombra hasta quedar bajo el escritorio vacía, mansa inofensiva.